
ÍNDICE

PREFACIO.....	9
1. Las sabidurías de Arnaldo Momigliano. <i>Fernando Wulff Alonso</i> ..	15
2. ¿ <i>Alien</i> o <i>Alienable</i> ? Notas sobre la relación entre fenicios y griegos. <i>Carolina López-Ruiz</i>	43
3. Helenización del judaísmo y judaización del helenismo. <i>Pedro Giménez de Aragón Sierra</i>	57
4. Sabidurías no tan bárbaras: aqueménidas, arsácidas y sasánidas. <i>Manel García Sánchez</i>	87
5. La India vista por los autores clásicos. <i>Manuel Albaladejo Vivero</i>	109
6. Entre el amor y el desamor. Romanos y griegos a lo largo de la República romana. <i>Francisco Pina Polo</i>	127
7. <i>Nivium ut turbo montibus celsis</i> . Los bárbaros hiperbóreos, entre la curiosidad, el desprecio y el temor. <i>Pablo C. Díaz</i>	147
8. ¿Cristianos <i>vs.</i> Paganos? Las fronteras convergentes de la <i>vera religio</i> . <i>Clelia Martínez Maza</i>	171
9. Más allá de los escitas: los pueblos del Asia Central antes de los Kushana, desde el Mediterráneo y desde China. <i>Luis A. García Moreno</i>	191

10. Bizancio y los árabes (siglos v-x). <i>Juan Signes Codoñer</i>	209
11. La transmisión de los textos entre Bizancio y Occidente en los siglos XI-XIII: Un camino de ida y vuelta. <i>Inmaculada Pérez Martín</i>	229
BIBLIOGRAFÍA	255
ÍNDICES	307

PREFACIO

Al editor del libro le toca la difícil tarea de explicar el por qué de la obra. Si fuera por motivo de una efemérides o por el homenaje a un maestro dilecto la cuestión sería fácil y se entendería por sí misma. Pero no es el caso. Aunque podríamos argüir que Momigliano es una excusa, conozco pocos investigadores de la Antigüedad greco-romana que de una forma u otra no se sientan deudores de su inmensa obra, en particular de sus estudios de historiografía antigua y moderna. Momigliano es un pretexto para volver a mirar por las ventanas que dejó abiertas en su *Sabiduría de los bárbaros*,¹ una obra de madurez, pero resultado de una reflexión continua durante toda su vida sobre los «otros», y propia de un sabio que era judío e italiano, pero también británico y anglosajón por necesidad y vocación. Poseía una variedad de identidades de las que nunca renegó, y que posiblemente le infundió esa visión crítica que no abandonó durante toda su vida, como bien refleja en las páginas iniciales de su estudio Pedro Giménez de Aragón Sierra.

Como sabemos, buena parte de la historiografía antigua fue «reconstruida» por la Academia alemana en el siglo XIX y los primeros decenios del siglo XX. A los filólogos germanos les debemos la ingente labor de recuperar con un riguroso método de análisis casi todo el saber historiográfico como un todo orgánico e interconectado. Su trabajo de edición y estudio de hasta el más insignificante de los autores nos permite hoy en día tener una panorámica bastante aproximada de qué Historia se hacía en la Antigüedad y quiénes la escribieron, a pesar de su conservación fragmentaria. Son incontables las tesis alemanas del siglo XIX que sistemáticamente se dedicaron a ello. Las

1. Editada en 1975 en Cambridge University Press como *Alien Wisdom. The Limits of Hellenization*, y continuamente reeditada, aparecerá en español en 1988 por vez primera con este título de la mano de la editorial mexicana Fondo de Cultura Económica.

obras de Karl Müller,² Hermann Peter³ o Felix Jacoby⁴ son los mejores ejemplos de este trabajo compilatorio.

Pero si nos sentimos deudores de Momigliano es precisamente porque rompió con el positivismo que se desprendía de esta «restauración» de la genealogía del saber historiográfico que, en realidad, pretendía establecer un hilo de continuidad (solo interrumpido en el medievo) desde Heródoto hasta Mommsen en la manera de hacer Historia. Porque Momigliano (como otros) nos enseñó a leer a los autores entre líneas, a identificar sus omisiones, silencios y énfasis, abandonando el presentismo, para conducirnos hacia su comprensión de su obra en su contexto ideológico, político y cultural, además de literario. Sin él no habríamos conocido a ese Heródoto curioso y agudo intérprete de otras culturas, además de férreo defensor de Atenas; ni tampoco el valor de Timeo como descubridor de la historia del Occidente mediterráneo, a pesar de las críticas de Polibio; o las propias contradicciones de unos historiadores griegos al servicio de Roma, pero conscientes de su propia superioridad cultural (como un Polibio o un Posidonio), entre otros muchos ejemplos. A los que nos sentimos nietos de las mutaciones historiográficas de los años sesenta y setenta del siglo pasado, Momigliano —sin saberlo— contribuyó a desmitificar la herencia clásica, en particular la historiográfica, rompiendo con el idealismo tan propio de la primera filología decimonónica.

Es por ello también que la lectura de *Alien Wisdom*, colofón de muchos trabajos, significó un aire fresco para los estudios de la cultura greco-romana en general y de sus etnografías en particular. También sin ser consciente de ello fue la antesala en cierta medida de los análisis que desde perspectivas más críticas empezaron a hablar de la bidireccionalidad en las investigaciones sobre el contacto cultural entre diferentes sociedades, siguiendo la estela de la obra *Orientalism* de Edward Said, editada en 1978, y que abrieron la puerta a las visiones poscoloniales e identitarias en los inicios del siglo XXI. Mucho se ha escrito desde las voluminosas obras de K. Trüdinguer de 1918 y K. Müller de 1972 sobre la etnografía greco-romana, pero no es menos cierto que de manera explícita o implícita cierta superioridad greco- o romano-centrista, o si se quiere mediterráneo-centrista, estaba detrás de buena parte de las miradas a las culturas de la periferia o del más allá hasta bien entrado el siglo XX. Es verdad que Momigliano no pudo desprenderse de ese corsé (a pesar del subtítulo de la obra, ¡que era toda una provocadora declaración de intenciones!), sujeto como estaba a una herencia historiográfica e ideológica de fuerte componente esencialista, como con agudeza deja claro Fernando

2. 1841-1870.

3. 1870-1914.

4. 1923-1958.

Wulff en el primer capítulo de este libro; pero la lucidez crítica de esta obra nos permitió empezar a ver que persas e iraníes, indios y egipcios, y en particular romanos y judíos, en sinergia permanente con la cultura griega, generaron unas dinámicas culturales, en parte ocultas detrás de esa hegemonía de lo clásico, que merecen ser analizadas desde su propia óptica traspasando la frontera de la mirada en un camino de ida y vuelta permanente.

Todas las sociedades han elaborado una narrativa centralidad / alteridad para reconocerse o hacerse reconocer. Han construido fronteras físicas y mentales, reales o imaginarias en torno a territorios, valores, instituciones lenguas y creencias que se suponen atemporales y vinculadas y vinculantes a y para el conjunto del grupo: un discurso monolítico, orgánico, globalizador y excluyente con el que poder articular la cohesión socio-territorial y política con mayor o menor intensidad y eficacia, con el enemigo declarado / imaginado o el diferente al otro lado del espejo.

Pero todos sabemos que la realidad es bien distinta. Las sociedades ni son homogéneas ni son impermeables y, cuando hablamos de lo cultural en el sentido más amplio del término, el contacto y el intercambio es más la norma que la excepción. Otra cosa bien distinta son los resultados en cada parte que, por descontado, deben interpretarse desde la perspectiva de cada una, y no como «influencia» o «aculturación», conceptos meramente difusionistas que últimamente se están poniendo en cuestión a la hora de hablar de tales situaciones. Este es el punto de vista y de partida que se adopta en la obra que presentamos, en la que pretendemos ampliar el campo de visión más allá de lo puramente geográfico y hablamos de mundo clásico en los marcos cronológicos más extensos posibles: desde Asia central hasta Italia, desde la India hasta Bizancio, no solo fluyen las mercancías sino también las ideas, entre un punto y otro o entre las etapas intermedias, construyendo en cada lugar y en cada momento su propio centro y su particular periferia, conceptual o geográfica. Las situaciones de centralidad y alteridad son intercambiables y convergentes, y pueden observarse dentro de cada sociedad o en relación con las demás, ofreciendo así una variedad importante de análisis bidireccionales. Detrás de todo relato excluyente —el más común, aunque no el único—, encontramos en realidad unas fronteras fluidas y porosas, espacios de intercambio tan necesarios para observar, rebatir, combatir, adaptar o integrar al «Otro».

Inevitablemente empezamos con Momigliano. Fernando Wulff, con la agudeza de un cirujano y la amplitud de miras de un historiógrafo, disecciona la obra, profundizando en sus contradicciones, claroscuros y silencios propios de un intelectual con varias patrias y a caballo entre dos grandes momentos historiográficos marcados por la fractura de los 60. Las aportaciones de Carolina López-Ruiz y Pedro Giménez de Aragón Sierra tienen en común

un espacio especialmente rico en intercambios de todo tipo desde tiempo inmemorial, también de miradas cruzadas y yuxtapuestas: la franja sirio-palestina. Este último analiza la controvertida cuestión, muy «momiglianesca», de la helenización del judaísmo, que tanto debate ha traído antes y ahora. Es un caso característico y bien documentado de reformulación y resistencia. Y lo hace con un ejemplo paradigmático: la rebelión macabea del 167 a.C. Para la relación de griegos y fenicios (estos últimos uno los grandes olvidados entre las grandes culturas mediterráneas), no tenemos la riquísima documentación que poseemos para el caso judío. No obstante, como Carolina López-Ruiz constata en su trabajo, queda en evidencia el peso de la cultura fenicia en la elaboración de las identidades griega y romana arcaica y helenística, frente a la idea de Momigliano de la «miopía de los griegos» en lo tocante al «mundo oriental».

El ámbito greco-romano en sí queda reflejado en varias contribuciones, donde cada una procura tratar un caso a modo de *exempla*. Como bien atestigua Francisco Pina Polo, Roma elabora un relato sobre sus orígenes esencialmente griego, aunque readaptándolo a sus propias necesidades y, a la vez, marca la distancia de esa conexión entre griegos y romanos cuando el dominio sobre Oriente se hace efectivo y de la admiración se pasa a la prepotencia, hasta el punto que puede exaltar el pasado griego pero no su «degeneración» posterior, puesto que es Roma la que toma el relevo: esta dualidad está bien ejemplificada en Cicerón. Este campo de las competencias y las dependencias conflictuales en un mismo espacio socio-político se hace muy palpable en el mundo de lo religioso, y para ello qué mejor ejemplo que recurrir al momento en que conviven el cristianismo y el paganismo tardoantiguos, donde uno y otro se retroalimentan para reforzar sus fronteras identitarias, más imaginarias que reales, como expone Clelia Martínez Maza. Pero si hemos de constatar un sentimiento de alteridad y, por consiguiente, de amenaza muy claro y constante, lo será en la percepción por parte de Roma de los «hiperbóreos del norte» (dacios, getas, germanos...), hasta construir un relato etnográfico tan cargado de estereotipos como irreal, desde Tácito en adelante. Como desarrolla Pablo C. Díaz en su estudio, incluso su potencial integración de los bárbaros no les libraba de una carga añadida de desprecio y minusvaloración desde la civilizada *natio* romana.

El espacio propiamente periférico está recogido en los trabajos de Manel García Sánchez, Manuel Albaladejo Vivero y Luis García Moreno. El primero desarrolla en extenso el paradigma del enemigo y el «otro» por excelencia durante toda la Antigüedad: aqueménidas, arsácidas y sasánidas. La visión greco-romana bascula desde la admiración exótica por su sabiduría y creencias hasta el desprecio más absoluto hacia sus costumbres y moral disoluta, en distintos grados y matices, pero siempre presidido por una retórica de la alte-

ridad. La India de los autores clásicos descrita por el segundo autor representa el mayor despliegue imaginativo conocido de toda la Antigüedad referido a los límites del mundo y los pueblos que lo habitan: la necesidad escapista de ficción y paradoxografía se superpone a la realidad, a pesar de las antiguas y permanentes conexiones comerciales, políticas y militares desde época herodotea. Precisamente Luis García Moreno pone el acento en los pueblos del Asia Central como intermediarios económicos y culturales directos entre el Mediterráneo, India y China, en particular los Kushana, un importante imperio oriental que se constituyó en torno a la Bactriana helenística y que perduró hasta la conquista islámica.

Finalmente hemos considerado importante incluir dos contribuciones sobre Bizancio que, por lo general, se deja de lado en la historiografía hispana cuando, de hecho, es la estructura política y administrativa que dio continuidad al Imperio y su legado en el Mediterráneo oriental hasta la toma definitiva de Constantinopla por los turcos. Con la contribución de Inmaculada Pérez Martín se pretende destacar que el contacto cultural entre latinos y bizantinos, entre los dos lados del Mediterráneo, no fue una mera traslación hacia Occidente de saberes antiguos, sino un camino de ida y vuelta donde éstos, reelaborados en Bizancio, determinaron tanto como el Islam el «renacimiento» medieval de los siglos XI a XIII, y viceversa. Precisamente, el texto de Juan Signes Codoñer señala la porosidad de las fronteras religiosas y culturales entre bizantinos, cristianos orientales y musulmanes en la franja que va desde Egipto a Siria. En medio de la pugnas territoriales entre el Imperio bizantino y el Califato, los ejemplos de la cristianización de la Arabia preislámica o la crisis iconoclasta de los siglos VIII-IX d.C. son paradigmáticos de los espacios de intercambio intercultural y religioso.

Es posible que falten casuísticas o ejemplos que tratar. Pero creo que es suficiente para romper una lanza a favor de visiones que no sean ni excluyentes, ni exclusivas ni hegemónicas del contacto cultural o de los protagonistas del suceder de la Historia. Si conseguimos que el lector, como hizo Momigliano con nosotros, se plantee abandonar planteamientos simples, absolutos u homogéneos de los procesos históricos, y no se deje llevar por la literalidad y la intencionalidad de los relatos antiguos y modernos, habremos conseguido nuestro objetivo. Esto es más necesario si cabe en un momento donde la positividad, la simplicidad y la vaciedad del discurso histórico, así como el esencialismo, el etnicismo y el nacionalismo más vulgares, se imponen no solo entre divulgadores sino también entre científicos sociales e historiadores, sobre todo cuando hablamos de contacto e hibridación cultural o percepción, aceptación o exclusión del diferente.

No quiero terminar sin agradecer la ilusión y el empeño desinteresado que han puesto los colegas y amigos que han participado en este volumen